

Peter Bourquin:
Adopción desde la perspectiva sistémica

Desconozco el número absoluto de adopciones que se producen anualmente en el mundo, pues la gran mayoría se dan a nivel local y nacional, dentro de las fronteras de los distintos países. Pero, sólo a nivel internacional, hay alrededor de 50.000 adopciones anuales, y una décima parte de ellas llega a España, lo que significa que ocupamos el segundo lugar en el ranking mundial, sólo superados por los Estados Unidos, donde anualmente se adoptan más de 20.000 niños procedentes de otros países. En España la adopción internacional es un fenómeno social que parece estar de moda, y supera de lejos las adopciones nacionales, alrededor de 800 cada año. Hay bastantes ejemplos de adopciones *exitosas*, en las que se da un verdadero encuentro entre los padres adoptivos y su hijo adoptado, que genera mucha satisfacción. En mi propio entorno tengo varios amigos y conocidos que han adoptado a un hijo en los últimos años y están muy contentos. También conozco casos en los que la adopción acabó mal y las dificultades triunfaron finalmente sobre las buenas intenciones. Es una relación de por vida, de la que sólo a medio y largo plazo se mostrarán todas las consecuencias. Lo que sigue es una reflexión sobre los aspectos que hay que tener en cuenta desde el punto sistémico para llevar una adopción de la mejor manera posible.

La adopción es difícil, más de lo que uno se imagina a primera vista. Exige mucho de los padres biológicos, del niño adoptado y de los padres adoptivos.

Los padres biológicos decidieron dejar a su hijo y ningún padre, y sobre todo ninguna madre, toma esta decisión a la ligera. Fueran las que fueran las circunstancias externas que forzaran la decisión, o la implicación sistémica que empujara a los padres a dejar a su hijo, el dolor en el corazón de la madre es desgarrador, mientras que en el padre se muestra una variedad de sentimientos, desde el dolor profundo hasta el desinterés, tal como he observado una y otra vez en las Constelaciones Familiares. En esta decisión de abandonar a su hijo hay algo definitivo, y los padres tienen que asumir su responsabilidad por tal decisión y sus consecuencias.

En ocasiones es la madre quien toma esta decisión descartando la posibilidad de que el niño se quede con el padre, o con algún miembro de su familia o de la del padre. No les pregunta, incluso puede que no les informe, sobre todo cuando no hay contacto con ellos, y toma esta decisión por encima de ellos y de su hijo, ignorando que de esta manera el hijo no sólo sufre el abandono de su madre, sino también los de su padre, hermanos, tías y tíos, abuelas y abuelos. Todos pierden a un familiar que con ellos estaría en mejores manos. Bert Hellinger considera en estos casos la necesidad de buscar a los familiares del niño para devolvérselos y de anular la adopción por amor hacia el niño.

También es posible que alguna institución tome esta decisión en lugar de los padres, porque se les considere incapaces. Los posibles motivos para una intervención así son el maltrato físico del niño, o la drogodependencia o una enfermedad mental de la madre y/o el padre, entre otros. En su afán de proteger al niño, la institución no tiene a veces suficientemente en cuenta a los padres y la necesidad que de ellos tiene el hijo, y en consecuencia se pueden tomar decisiones perjudiciales. Siempre que sea posible sería preferible una acogida temporal o indefinida a una adopción, porque ésta supone un corte definitivo del sistema familiar.

Lo mejor sería que algún familiar se hiciera cargo de un niño abandonado, porque de esta manera el niño no sale del seno de su familia, y así se limitaría su experiencia de pérdida y abandono. En segundo lugar sería preferible una acogida en su propio país. En el verano de 2006, en Bogotá, Colombia, visité una institución para niños de la calle llamada IDIPRON, que acoge a más de 8.000 niños y jóvenes de entre 8 y 22 años. Son niños de familias desestructuradas, o desplazadas o huérfanos que viven y mueren en la calle. En sus centros comparten su vida con un grupo de iguales, sus compañeros de destino, y se apoyan mutuamente en su afán de vivir, guiados y acompañados por un grupo de educadores y trabajadores sociales. Un niño abandonado se siente allí acompañado y comprendido, y en esta sintonía gana fuerza. Es impresionante ver su capacidad de recuperación, incluso la de aquéllos con las biografías más duras imaginables. IDIPRON facilitó durante un tiempo la adopción, pero dejó de hacerlo porque, en su mayoría, los procesos fracasaban y los padres adoptivos devolvían al “niño conflictivo” después de un tiempo, lo cual significaba una vez más para el niño la traumática experiencia del abandono.

Para el niño adoptado la pérdida de sus padres y de su familia es causa de un profundo dolor, que le acompañará durante el resto de su vida. Lo más difícil para él es renunciar a sus padres biológicos y tomar a sus padres adoptivos. Esta dificultad se agrava a menudo por el hecho de que el niño pasa por un proceso de adopción internacional, que tiene como consecuencia que no sólo pierde su familia de origen, sino también su país de origen, su lengua materna, su cultura,

su tribu... Asumir estas múltiples pérdidas es sumamente difícil. Es admirable ver su capacidad de vincularse de nuevo a pesar de todo. En las Constelaciones Familiares se muestra que a menudo el niño se encuentra entre dos mundos, anhelando en su alma lo perdido, y enojado y a la vez con rencor, lo que le impide tomar plenamente el presente. A veces prefiere sufrir, fracasando en la escuela o portándose mal, porque así se explica a sí mismo por qué sus padres le rechazaron. De esta manera lo incomprensible se hace más soportable para él. También necesita recibir el permiso de ser más feliz que sus padres, que obviamente no lo tuvieron fácil. Y este permiso debe proceder de ellos, a través de una constelación o de una tercera persona, mas no de los padres adoptivos, porque ellos son en cierta forma “beneficiarios” de las desgracias de los padres biológicos. Sólo si consigue asentir a sus padres biológicos, a su país de origen, a sus padres adoptivos, a su país de acogida y a su destino tal como es, será libre para mirar hacia adelante.

Lo primero que tienen que asumir los padres adoptivos es que no son los padres biológicos. No podrán reconocer en su hijo adoptado ni a sus parejas ni a sí mismos, porque en los ojos y el cuerpo de su hijo adoptado se reflejan sus padres biológicos. Un hijo adoptado no es lo mismo que un hijo propio. No es menos por eso, pero sí diferente. Por esta razón es imprescindible que una pareja cuyo deseo de tener hijos propios no se cumplió por la razón que sea, pase por el duelo de esta experiencia de pérdida. Sólo entonces estarán preparados adoptar para un hijo. Y lo siguiente es que su decisión de adoptar es irreversible, no existe un tiempo de prueba. Se unen para lo bueno y por lo malo. No hay olvidar nunca que los hijos adoptados son supervivientes y a menudo niños “difíciles”.

¿Por qué alguien adopta a un niño? En mis talleres de Constelaciones Familiares he podido percibir diferentes facetas sistémicas de las que ha surgido la motivación inconsciente de una persona o pareja para adoptar un niño. Éstos son algunos ejemplos:

- En la familia de origen se dieron sucesos como abortos o una muerte durante el parto. Esto hace que la mujer quiera evitar el embarazo porque ha “heredado” una angustia mortal en relación con el embarazo que se opone a su deseo de ser madre, y elige la adopción como salida.
- Un intento de algún familiar de recuperar un antepasado que se “perdió” en generaciones anteriores, por ejemplo un hijo que nació fuera del matrimonio o uno que fue dado en adopción.
- Un acto de lealtad con un antepasado que no tuvo hijos, y que hace que la pareja renuncie a un hijo propio.

- Un intento de compensar una injusticia sufrida. Se muestra cuando hay huérfanos en la línea de ancestros, por ejemplo cuando una abuela fue abandonada o adoptada.

He observado en más que una ocasión que personas interesadas en adoptar a un niño, o que tal vez ya han iniciado los trámites, no ceden en su intento. Incluso cuando ven las dificultades que acompañan una adopción, se mantienen en su decisión. De alguna manera algo les empuja hacerlo, y así se transforma en su destino. En el caso ejemplar tres hermanos, cada uno de ellos casado y con hijos propios, que adoptaron uno tras otro un niño desde el extranjero. Y ello después de observar cómo la primera adopción puso patas arriba la familia de su hermana, que junto con su marido había adoptado una niña china. Pero, a pesar de los problemas, tanto el hermano como la otra hermana adoptaron dos niños de India y Rusia, para encontrarse después con problemas parecidos.

A estos motivos inconscientes se añade a veces la dificultad de asentir a las propias limitaciones biológicas que impiden tener un hijo propio. También influye que en la sociedad española actual la edad de la mujer a la hora de dar luz a su primer hijo es estadísticamente superior a los treinta años, lo que tiene como consecuencia que para las parejas en las que la demora ha sido demasiado larga, la adopción aparece como una salida socialmente aceptada. La idea de salvar a un niño de la miseria tiene igualmente un papel, aunque sea cuestionable pensar que el bienestar económico es más importante para un niño que sus raíces.

El que una adopción tenga “éxito”, tiene mucho que ver con la actitud de los padres adoptivos. ¿Quieren tener un hijo pensando sólo en sí mismos, o piensan también en el hijo? Y sobre todo: ¿cómo se relacionan con los padres biológicos? El niño tendrá siempre un vínculo y una lealtad con sus padres biológicos; inconsciente, pero potente. Por eso es indispensable incluirlos. Si los padres adoptivos ignoran a los padres biológicos del niño, los callan, o piensan “pobre niño, lo que han hecho tus padres contigo, ahora nosotros lo vamos a hacer mejor”, o “pobres padres, qué dura habrá sido su vida con vosotros”, minusvalorándolos, juzgándoles y poniéndose por encima de ellos como los mejores padres, el conflicto con el niño adoptado está servido. Podrá manifestarse de inmediato o en el futuro, pero lo hará. Su hijo adoptado les va a pagar con la misma moneda, y a partir de una cierta edad les va a rechazar y excluir. Se puede observar que la capacidad de los padres adoptivos de incluir a los padres biológicos está relacionada con la forma en que ellos mismos toman o no a sus propios padres.

Si los padres adoptivos se entienden como “administradores” de los padres biológicos que cuidan al niño adoptado en su nombre, agradeciéndoles la oportunidad criarlo, se alían con ellos, lo que facilita bastante la tarea. Esto no impide que asuman el papel de ser padres y que se

sientan como si lo fueran. Se puede decir que un niño adoptado tiene dos madres y dos padres. A su vez es importante distinguirlos de forma clara, también a la hora de nombrarlos. Es decir que, cuando el niño diga “mamá”, sepa a quién se está refiriendo, a la madre biológica o a la madre adoptante. Hay que tener cuidado que las imágenes interiores del niño no se mezclen.

También es importante que los padres adoptivos tengan en cuenta el país de origen del niño, y que experimenten un buen sentimiento hacia él. No sólo adoptan a un niño, a la vez adoptan a un representante de su país y de su pueblo. Si aprecian este país, con su gente, su cultura, su religión y su historia, podrán tomar y amar a su hijo adoptivo de forma más completa.

Si existen dinámicas históricas de perpetrador y víctima entre el pueblo del niño adoptado y el pueblo de los padres adoptivos, esto puede influir y pesar de manera inconsciente en su relación. Aparte de ser un individuo, cada uno de nosotros es a la vez un representante de su colectivo, lo quiera o no. Son dimensiones mayores en las que participamos y que nos influyen. En España acaba de ser aprobada una legislación que permite inscribir “España” como país de nacimiento de un niño adoptado en el extranjero. Esto no deja de ser un absurdo que niega las raíces del niño e intenta borrarlas.

Para el niño adoptado la gran tarea es asentir a todo tal como es. Es un objetivo que puede llevarle años o décadas. Y es posible que nunca llegue a conseguirlo. Si los padres adoptivos asienten a los padres biológicos, a su país y a su cultura, a sí mismos como padres adoptivos, y al destino de su hijo adoptado, le facilitarán enormemente la tarea. Le preparan el camino, y su hijo adoptado les estará profundamente agradecido. Porque se siente leal tanto con sus padres biológicos como con sus padres adoptivos, y de esta manera no experimentará un conflicto de conciencia cuando intente integrar sus diferentes aspectos para sentirse completo.

Adoptar a un niño supone un fuerte impacto para una pareja, y más todavía si ya tienen hijos biológicos. Es importante que ambos miembros de la pareja deseen la adopción. Si uno lo acepta solamente para hacer un favor al otro, lo más probable es que siembre la semilla de una posterior separación de su pareja. En este caso, el niño adoptado se interpone a menudo entre la pareja, alejándola con el paso del tiempo.

Si un padre o una madre aporta un niño de una relación anterior, puede surgir en su pareja el deseo de adoptar a este niño. Sobre todo cuando éste perdió a su progenitor por una muerte temprana, cuando no está reconocido por su padre biológico, o cuando es fruto de un encuentro casual. A menudo, detrás de esto se encuentra el deseo bienintencionado de la pareja de devolver al niño una familia completa. Pero intentar reparar un sufrimiento del pasado es como pretender reescribir la historia y dar al niño un destino distinto del que tiene. Una adopción en estas circunstancias dificulta al niño el acceso a su progenitor “perdido” y a una mitad de sí

mismo. De esta manera, la buena intención de la pareja, que quiere que el niño lo tenga más fácil, se transforma en una pesada carga para él. Esto no tiene nada que ver con darle los mismos derechos que a sus hermanos, por ejemplo a la hora de heredar.

A un hijo propio el tener un hermano adoptivo le crea inseguridad. Conscientemente o no, le asaltan preguntas como: ¿Cuál es mi lugar? ¿Todavía tengo lugar? ¿Cuál es el lugar de mi nuevo hermano? ¿Quién es el mayor? ¿Es seguro mi propio lugar o podría perder también yo a mis padres? En mi propia familia cuento con un caso en el que la única hija biológica de un familiar se fue a vivir a Nueva Zelanda una vez concluida su formación, mientras que el hijo adoptado se quedó en casa. No creo que sea una casualidad. Es un desafío para los padres integrar y armonizar el nuevo sistema familiar.

El mundo de la adopción es realmente complejo, así que lo que hemos comentado es solamente una descripción de las facetas generales. Es sorprendente ver cómo cada caso es distinto y cómo se siguen mostrando nuevas facetas. Pero, aunque las personas implicadas están bajo la influencia de su destino, pueden cuidar de forma consciente dónde poner el pie y adónde dirigir sus pasos para facilitar el camino. Sin duda es un camino complejo y difícil, pero como cualquier otro traerá sus propios frutos. Mi impresión es que el método de las Constelaciones Familiares es realmente útil en este contexto. Ayuda a las personas adoptadas a encontrar su lugar en el mundo, educa a los padres adoptivos en su actitud y aclara a las personas y parejas interesadas en la adopción sus motivaciones y las posibles consecuencias.

© Peter Bourquin, octubre 2006

www.ecosweb.net

Publicado en el ECOS-boletín No 8, noviembre 2006.

Publicado en alemán en "Praxis der Systemaufstellung", 2/2007.

Publicado en su libro "Las Constelaciones Familiares", 2007.

Publicado en inglés en "The Knowing Field", 2009.